

Paulo Freire dijo que lo primero que el hombre lee es la realidad. Desde muy antiguo el mundo ha sido comparado con un libro a descifrar. El hombre ha de convertirse en su lector, si es que desea encontrar sentido. Convertirse en lector no es sólo una cuestión de haber tenido al alcance libros: depende también, de un modo fundamental, del azar de los encuentros, de haberse encontrado con alguien que miraba con pasión libros y consiguió enganchar a la suya la mirada del niño, del adolescente, para quien ese mundo aún no se había abierto, revelándole sus secretos.

Un lector comienza a formarse cuando todavía no ha nacido; se desarrolla a partir de la palabra oral, vehiculizada por la voz materna, por lo general, que comienza a arrullar, a cantarle canciones de cuna, y con ello, va empezando a tejer la trama que unirá a ese ser que se está formando a una larga cadena de generaciones que lo precedieron y que hablaron su misma lengua y pertenecieron a su misma cultura.

Hoy nos enfrentamos a un hecho indiscutible: la transmisión oral es una forma cultural en retroceso; los medios masivos de comunicación reemplazan las funciones de los antiguos narradores. Todo esto apunta a otorgarle al Jardín de Infantes y a la E.G.B. un rol ineludible: el de convertirse en refugio y retroalimentación de la transmisión oral.

Pero la comunicación oral no se realiza solamente sobre materiales tradicionales que han sido memorizados, sino que también se produce cuando alguien lee en voz alta textos escritos pertenecientes a un determinado autor.

El niño pre-lector asiste como a un acto de magia a la lectura que el adulto realiza en voz alta para él; asiste maravillado al espectáculo de la lengua escrita. Si el ritual se repite con la lectura del mismo texto, el asombro será más grande aún, al comprobar que el libro permite volver una y otra vez a pronunciar idénticas palabras. Esta es una de las razones que permiten comprender porqué los niños solicitan la lectura de los mismos cuentos y prefieren la repetición de un texto conocido antes que escuchar uno nuevo. De un modo intuitivo están captando una de las más importantes funciones de la lengua escrita: la de fijar el texto, preservándolo de la transformación y del olvido.

Pero hay otras situaciones en las que es vital que el docente lea para sus alumnos: aquellas en las que no se trata de estimular la construcción de un saber sobre el objeto lengua escrita, sino que, trabajando con personas que ya saben leer, se desea despertar en ellas el deseo del texto. En este sentido, es muy valioso que el docente se vuelva un interpretante de los textos, para usar un término de Emilia Ferreiro. Es decir, que lea para sus alumnos en voz alta, que interprete para ellos los textos. No en el sentido de una interpretación hermenéutica, sino con el significado que le daría un actor a la palabra "interpretación".

Entre el siglo XVIII y la actualidad, los niños han pasado de ser un público iletrado, partícipe de la cultura oral, apropiadores de una cantidad de textos que no les estaban específicamente destinados –los mitos, los cuentos de hadas, la poesía popular, etc.– a

constituir un vasto mercado consumidor de productos específicamente dirigidos a ellos, entre los que se encuentran los libros infantiles. El niño está inserto en una "cultura donada". Es decir, que carece de la necesaria libertad para elegir y es el adulto quien elige por él. También en cuestión de libros.

La historia de la lectura implica la evolución de los soportes materiales pero también de los modos de leer, de las operaciones que organizan la producción de sentido a partir de la lectura. Es una ilusión creer que un texto es sólo su contenido semántico. Un texto supone también la forma en que éste se presenta al lector. De ahí la importancia que adquiere el libro como objeto portador de texto y el error que implica pensar que se lo puede sustituir con una fotocopia.

La didáctica de la lectura se apoya actualmente en aportes teóricos que privilegian la estimulación de una actitud de indagación ante el texto escrito. El texto como problema, como enigma o como laberinto que es posible descifrar. Se solicita del lector una participación activa, el despliegue de sus estrategias: que pueda armar, sostener y verificar una hipótesis.

Se enfatiza la necesidad de que los niños trabajen con textos reales, de circulación social, y no con textos escolares, escritos con un fin didáctico y sin finalidad comunicativa. El aula, la escuela, la biblioteca, deben convertirse en un medio alfabetizador y, para ello, deben circular todo tipo de textos: afiches, invitaciones, cartas, almanaques, recetas, instrucciones, reglamentos, etc. Dentro ellos privilegiamos los libros infantiles. El vínculo que establecen los niños con los libros es de una índole mucho más significativa: no conocemos casos de niños o niñas que se vayan a la cama con una receta de cocina, pero sí vemos a diario libros que están gastados hasta la destrucción porque sus dueños no se separan de ellos y los solicitan una y otra vez, como un puente que tienden hacia los adultos.

Pero para que la escuela y la biblioteca sean medios de acceso a la cultura letrada, es necesario que los actores que las animan estén convencidos de que todos somos lectores, de que todos podemos leer.

Para finalizar, unas palabras de Graciela Montes, extraídas del texto que pronunció en la apertura del Plan Nacional de Lectura del Ministerio de Educación: *"...a la escuela le vendría muy bien dejarse atravesar por la lectura, convertirse en sociedad lectora, con maestros lectores, porque de esa manera también estará buscando su sentido. Y a los demás, a los que ya no somos maestros ni alumnos, nos corresponde mirar con interés y respeto lo que sucede en la escuela, y también ayudar a esta transformación necesaria."*

Elena Stapich